

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO DOMINICANO  
**Encuentro con Obispos, sacerdotes, rectores de Seminarios,  
formadores de religiosos, vicarios del clero y promotores vocacionales**  
*Santo Domingo, 12-13 de noviembre de 2018*

✠ Jorge Carlos Patrón Wong  
Arzobispo Secretario para los Seminarios  
Congregación para el Clero

**II. La integración de las dimensiones formativas**  
*12 de noviembre de 2018*

**Prioridad de la persona**

En los procesos de formación para la vida presbiteral y religiosa es fundamental que **se dé la prioridad a la persona**. Que la formación esté centrada en la persona exige que el formador **observe** con atención el desarrollo personal de cada formando, lo **promueva** y tenga en ello **su mayor alegría**. Lógicamente se exige un adecuado, oportuno y constante **acompañamiento personal**.

Hay **un motivo teológico** de primer orden para dar la prioridad a la persona. Cuando **Dios llama, envía y consagra a una persona** para la misión. No le pide solo que realice un trabajo o que ejerza una mera función, sino que emprenda el camino discipular de identificación personal con Cristo hasta configurarse en su seguimiento en una vocación específica, entregando su vida. La expresión del libro de los Hechos: «*Resérvenme a Saulo y a Bernabé para la obra a la cual los he llamado*» manifiesta con claridad este contenido teológico.

**Los valores** propios de la vocación sacerdotal o religiosa **se deben «encarnar» en personas particulares**, marcadas por una serie de características y por una historia familiar y eclesial. Este hacer propios o internalizar los valores vocacionales es el objetivo de los proyectos formativos. Por esta razón hay que afirmar con fuerza que **la formación crea la comunión, pero no la uniformidad**, pues cada persona, desde sus originales características está llamada a **una realización única** de los valores universales.

**Se reserva a toda la persona** para una misión. La consecuencia práctica es también significativa. La vocación no consiste principalmente en la ejecución de una serie de actividades, sino en **un testimonio personal**. Quien ha sido enviado por el Señor llega a convertirse en **un símbolo personal**. Este es el sentido profundo de **la expresión «ministerio y vida»**, que, siguiendo la doctrina de *Presbyterorum Ordinis*, con frecuencia aparece en los documentos sobre el sacerdocio. Interesa la vida del sacerdote y no solo ni principalmente su actividad. **La verdadera urgencia** de sacerdotes o de religiosos no es la de la eficacia de unas acciones, sino la **de personas consagradas al servicio del pueblo de Dios**.

### **Las dimensiones de la persona**

Cuando nos referimos a las **dimensiones formativas**, no estamos hablando principalmente de una serie de medios educativos, o de una estructura organizativa de la formación, sino de **una única persona**, que posee en sí misma esas dimensiones. Así, toda persona cristiana, cualquiera que sea su vocación, tiene una dimensión espiritual, una dimensión humana, una dimensión intelectual y una dimensión pastoral. Se podría discutir si tales dimensiones son cuatro o más. Algunos proyectos formativos añaden otras dimensiones. La *Ratio Fundamentalis* ha hecho la opción de conservar aquellas presentadas por la *Pastores Dabo Vobis: La Exhortación apostólica Pastores dabo vobis ofrece de manera explícita una visión integral de la formación de los futuros clérigos, que tiene en cuenta simultánea y equilibradamente las cuatro dimensiones presentes en la persona del seminarista: humana, intelectual, espiritual y pastoral* (RFIS Introducción, 1).

La opción por formar a la persona en su totalidad se expresa a través del **adjetivo «integral»**, consecuentemente, **el proyecto formativo es integral** (Cf. RFIS, 10) y **la valoración** que los formadores hacen de los seminaristas también: *Se espera, por tanto, que los formadores evalúen la idoneidad integral (espiritual, física, psíquica, moral e intelectual) de los posibles candidatos* (RFIS 19).

Se trata de cultivar **un desarrollo equilibrado** de todos los aspectos de la personalidad. Si se insiste en la integralidad es porque en muchas ocasiones ha faltado. De esta manera, indirectamente se descalifican los estilos formativos en los que **se subraya un aspecto en detrimento de los otros**.

▪Es el caso del **intelectualismo**, por el cual, de manera práctica, la exigencia formativa se centra exclusivamente en los estudios. El intelectualismo esconde habitualmente la **expectativa ingenua** de que tratándose algunos argumentos de modo intelectual sean llevados a la vida práctica automáticamente. Desde la metodología formativa conviene distinguir que una cosa es comprender la verdad o un valor (dimensión intelectual), otra cosa es apropiarse eso que se ha comprendido (dimensión humana), otra distinta es elegirlo a través del adecuado discernimiento (dimensión espiritual) y otra es aplicarlo a en la vida y en el servicio apostólico (dimensión

pastoral). La comprensión de los valores y de las verdades tiene su lugar y es fundamental estudiar con seriedad, pero no basta con ello.

▪ También se da el **espiritualismo**. Es la afirmación de los valores espirituales en detrimento de otras dimensiones de la persona. Por ejemplo, el postulado no raro de una fe acrítica que va acompañado por consignas de no preguntar, de no entender, de obedecer ciegamente... El espiritualismo **deforma los valores espirituales** y tiende a confundir la verdadera espiritualidad con el cumplimiento de un conjunto de prácticas espirituales. Este estilo formativo, que a veces no se postula teóricamente, se vive prácticamente en algunos ambientes formativos en los cuales no se toma el estudio con la seriedad que corresponde. Cuando el espiritualismo se realiza en detrimento de la dimensión humana, la casa de formación se pone en una situación muy riesgosa, porque es fácil que debajo de una práctica espiritual rígida se escondan una serie de problemas personales no afrontados. También existe un espiritualismo en detrimento de la dimensión pastoral, en este caso surge la tendencia a centrar la espiritualidad en ritos y hermosas ceremonias que son profundamente distantes de la realidad de las personas. Estos tres ejemplos bastan para mostrar la deformación de los valores a la que aludía anteriormente.

▪ Con frecuencia se llama **psicologismo** a la tendencia a subrayar la dimensión humana en detrimento de las otras dimensiones. Es particularmente significativo cuando el cultivo de algunos valores humanos, personales o comunitarios, se realiza sin la adecuada motivación espiritual. Entonces el formando evoluciona, pero como lo haría cualquier persona no creyente. Si la motivación espiritual es significativa y eficaz en relación al desarrollo humano, un desarrollo humano sin las referencias espirituales y vocacionales puede dar resultados negativos. En este sentido conviene señalar que la intervención de **expertos de las ciencias humanas** en la formación debe hacerse desde una clara conciencia de los dinamismos de la fe y de los procesos formativos. Complementar la formación de estos expertos es una función del Seminario o Casa de formación. La formación humana tiene también **una orientación pastoral** desde el momento en que un nivel de madurez humana es exigido como criterio de discernimiento de la vocación sacerdotal o religiosa.

▪ Por último, tenemos el **pastoralismo**. Se da cuando se afirma la dimensión pastoral en detrimento de las demás. Hay un pastoralismo de **corte anti-intelectualista**, que no valora suficientemente la teología pastoral, de modo que la actividad pastoral se realiza sin el fundamento que corresponde. La actividad pastoral se deforma notablemente cuando se realiza **desligada de los valores espirituales**, haciendo de los seminaristas o formandos meros ejecutores de programas de cualquier tipo. También existe un pastoralismo **lejano a la formación humana**, en el que se justifican actitudes inmaduras en medio de la acción pastoral. En un clima de este estilo es fácil que surjan expresiones como el exhibicionismo, la manipulación, el clericalismo o el abuso de las personas vulnerables.

## La naturaleza de cada una de las dimensiones

Después de considerar los posibles desequilibrios formativos, quisiera poner el acento en la naturaleza de cada una de las dimensiones, de modo que quede en evidencia el modo de su integración dinámica en el conjunto. Efectivamente, las dimensiones formativas no se contraponen, no se superponen, no se aíslan, sino que se integran como si fueran los órganos de un mismo cuerpo. El desarrollo de cada dimensión es un bien para el conjunto de la personalidad del seminarista o del religioso, de la siguiente manera:

**La dimensión espiritual.** Representa el eje en torno al cual gira toda la formación. Los jóvenes que han ingresado a nuestros Seminarios y casas de formación han tomado una determinación espiritual y deben encontrar a lo largo del proceso formativo un serio cultivo de la espiritualidad. Sin esto, faltaría el corazón a toda la formación y automáticamente los demás elementos educativos serían deformantes.

▪ En concreto los formandos deben encontrar **tres elementos fundamentales**: un serio proceso de iniciación cristiana, una formación para el discipulado misionero y una formación específica para la configuración con Cristo en el carisma del sacerdocio o de la vida religiosa. Este proceso gradual de formación espiritual es absolutamente necesario.

▪ Junto a ello, se requiere una enseñanza consistente de **los medios** de la vida espiritual: el silencio, la oración personal y comunitaria, la dirección espiritual, la participación eucarística y la confesión, el desarrollo de la capacidad de interpretar la realidad con una óptica de fe y la formación para el discernimiento. Se deben realizar con verdadero cuidado los ejercicios espirituales anuales y los retiros mensuales. De modo que se constate un crecimiento objetivo en la espiritualidad cristiana y específica.

**La dimensión humana.** Es la base o fundamento necesario de todo el proceso formativo. Algo que nunca se puede dejar de lado o dar por supuesto.

▪ En la **línea de la persona** es necesario que el formando crezca en el autoconocimiento; haga un trabajo sistemático sobre sí mismo, de modo que alcance el grado de libertad necesario para tomar una decisión para toda la vida y dedicarse a la evangelización; y finalmente gestione su personalidad de tal modo que sea un puente en el encuentro de los hombres con Jesucristo y no un obstáculo.

▪ En la **línea de la comunidad** es necesario que el seminarista o formando aprenda a aceptar a los demás hermanos y a caminar con ellos compartiendo los distintos aspectos de la vida; que establezca vínculos fraternos sanos, que le conduzcan a un crecimiento continuo, que se prepare para vivir la fraternidad presbiteral o en la vida religiosa, mostrando en la práctica el esencial sentido colegial y fraterno de todas las vocaciones en la Iglesia y de la suya en particular. La capacidad para establecer relaciones positivas y constructivas con toda clase de personas es un elemento necesario para cualquier vocación de especial consagración.

Para ello son necesarios **una serie de medios**: la convivencia cotidiana en una comunidad; el estudio de las ciencias humanas, particularmente de la psicología; el cuidado de la salud a través de una correcta alimentación, un adecuado descanso y la práctica del deporte; la capacidad de gestionar la propia afectividad y de comprender y aceptar cada vez mejor su sexualidad. Es fundamental la experiencia de ser ayudado en los aspectos humanos y la disponibilidad para buscar ayuda en caso de necesidad. Para ello el acompañamiento de los formadores y la eventual intervención de profesionales de la salud física y psíquica son de un gran valor.

**La dimensión intelectual.** Ofrece la referencia de razonabilidad de todo el proceso formativo y los elementos para poder comprender la propia fe, la realidad que ha de evangelizar y todo el dinamismo de la acción pastoral. Una seria formación intelectual es condición necesaria para la vivencia de la propia vocación y para la tarea evangelizadora.

Se pueden señalar cinco contenidos de la formación intelectual que son válidos tanto para la formación en el Seminario como en las Casas religiosas, para los varones como para las mujeres, para la vida activa como para la vida de clausura.

- Una serie de **materias introductorias o propedéuticas**. Los jóvenes que ingresan a nuestras casas de formación necesitan una adecuada introducción a los diversos contenidos de la formación intelectual.

- La **formación filosófica**, que les ayuda a adquirir una visión cristiana del mundo, de Dios y de la historia, de modo que consigan la madurez intelectual que les permita explicar razonablemente la realidad y actuar en ella.

- La **formación en las ciencias del hombre**, que les ayude a profundizar en una antropología compatible con los valores de la fe y a cuidar su propio proceso de maduración humana.

- La **formación teológica**, que les ofrezca los fundamentos para la comprensión de su fe y de la misión evangelizadora.

- Las **materias ministeriales**, es decir, las que tienen relación con el ejercicio del ministerio que van a desarrollar en el futuro.

### **La formación integral en cada una de las dimensiones**

Quisiera volver a referirme a las dimensiones formativas, pero subrayando ahora el aporte que cada dimensión hace a la formación integral. Este punto de vista subraya las sinergias en el proceso formativo. Es conveniente que los formadores sean conscientes de ellas y las fomenten en su labor cotidiana

**La dimensión espiritual.** Habíamos dicho que es el eje en torno al cual gira toda la formación. La dimensión espiritual establece el ideal-de-sí, es decir, el conjunto de valores a los que el seminarista o el formando tiende. Es necesario que este ideal sea claro y suficientemente alto. Por ejemplo, no basta la aspiración a ser un buen

sacerdote, es necesario que exista un auténtico deseo de santidad sacerdotal. No basta con cumplir con los momentos de oración previstos en el horario comunitario, es necesario desear la unión profunda con Dios a través de un auténtico camino orante.

Si comparamos el proceso formativo con la construcción de un edificio, es fundamental que este edificio tenga altura, porque en relación a esa altura se verá la necesidad de poner materiales suficientemente resistentes. Esta aspiración a valores superiores, a grandes ideales, es un rasgo propio de la persona humana y al mismo tiempo de la vida discipular. Se trata de dar la vida y no solo de realizar un trabajo.

- La altura de los planteamientos espirituales tiene como primera exigencia la **profundización en la dimensión humana**. El deseo de un ideal es la mejor motivación para conocerse mejor y aprender a establecer relaciones sanas y constructivas con los demás. No se busca una mera perfección humana, sino poner toda la persona en función de la evangelización.

- La espiritualidad se proyecta en la dimensión intelectual de dos maneras. La primera, es como **motivación para la perseverancia** en los estudios. La segunda, está en la línea de la **selección de algunas materias de estudio** que expresan y nutren su crecimiento espiritual.

- El crecimiento del seminarista o el formando en la fe se expresa de un modo particular **a través del apostolado** y de las relaciones que se establecen en la actividad apostólica. De aquí la importancia de que la **actividad apostólica se ajuste al momento formativo** en que se haya el seminarista o formando y de que los responsables de los apostolados asuman una función formativa. No van a hacer cualquier actividad, sino la que les puede ayudar a madurar en su fe.

**La dimensión humana** es la base o fundamento de toda la formación, por ello sus contenidos están relacionados con las otras dimensiones formativas. Cada vez tomamos mayor conciencia de la gran importancia que tiene la madurez personal en toda la vida y ministerio de los agentes de la evangelización.

- La profundización en el conocimiento personal y el trabajo sistemático sobre sí mismo abre al hombre a **una más auténtica relación con Dios**. Además, favorece una **mejor disposición para el uso de los medios espirituales**, como la oración y la vida sacramental. El reconocimiento de las propias fragilidades abre al formando a una **mayor comprensión de los demás** y por ello a relaciones fraternas más auténticas y a una **interpretación positiva y creyente de la realidad**.

- La madurez humana tiene como contraparte **una mayor madurez intelectual**, es decir, la capacidad de hacer juicios más ajustados a la realidad. Además, dispone al formando para la realización de un **estudio serio y responsable**. El desarrollo humano **despierta intereses intelectuales** relacionados con diversos aspectos de la persona, de sus relaciones y de la sociedad.

- El crecimiento personal y relacional de los seminaristas y formandos les ayuda notablemente a establecer **relaciones constructivas en el apostolado**, aceptando a las

personas y a los grupos como son y buscando caminos de comunión con ellos. La madurez humana es también importante para la **aceptación de la institución eclesial** con sus límites y contradicciones, sin escandalizarse de ellos y poniendo medios para su superación. En definitiva, un crecimiento humano hace al formando **más apto** para el apostolado.

**La dimensión intelectual.** Esta dimensión ofrece un marco fundamental de contenidos que nutren las demás dimensiones formativas. Hay materias de estudio que son particularmente significativas para cada una de las dimensiones. Conviene que los profesores de estas materias sean consciente de ello y fomenten desde la misma enseñanza la formación integral.

- La antropología filosófica y teológica, la psicología y la sociología ayudan al seminarista o formando muy significativamente a **comprenderse mejor a sí mismo y a integrarse mejor en el ambiente** grupal y social en el que vive. El estudio de la ética y de la moral ayudan a los seminaristas en la **formación de su conciencia** y en la comprensión de distintos aspectos de la **realidad personal y social**.

- La introducción a la Sagrada Escritura y, después, su estudio sistemático, constituyen una referencia fundamental para una **aproximación orante a los textos bíblicos**. El estudio de la historia de la Iglesia permite a los formandos una mayor apertura a las **fuentes de la espiritualidad**, particularmente a la experiencia espiritual de los padres de la Iglesia. Las materias directamente relacionadas con la teología espiritual ayudan a los formandos a una **profundización en su fe y en la experiencia espiritual de los santos**.

- El estudio de la teología pastoral tiene una incidencia necesaria en la maduración de las **actitudes pastorales** de los formandos y en su preparación para la **planificación y el discernimiento pastoral**. El estudio del catecismo de la Iglesia Católica y, posteriormente, de la teología sistemática abren a los formandos el acceso a los **contenidos de la acción evangelizadora**. Así como es conveniente una síntesis teórica de la teología, también es necesaria una **síntesis de su aplicación práctica en la pastoral**.

**La dimensión pastoral.** Es el fin de toda la formación. Incluye siempre una aproximación desde la teología pastoral y la actividad práctica. Es necesario que la actividad pastoral de los formandos consiga objetivos formativos precisos, los que corresponden a cada una de las etapas del proceso.

- Tanto la teología pastoral como la actividad práctica repercuten en la oración de los formandos, que va ampliando sus contenidos, incluyendo la intercesión por las diversas necesidades del pueblo de Dios, es decir, hacia una **oración más pastoral**. Esta experiencia da un particular sentido a la celebración de la **liturgia de las horas**. La formación pastoral ayuda a una **maduración de la espiritualidad**, que va pasando de una perspectiva más intimista y personal a una visión más eclesial y social. Por medio de la actividad pastoral, los seminaristas y formandos van descubriendo que su

misión es más la de **ser testigos del evangelio** que no meros ejecutores de actividades, nutre así su **identidad vocacional**. El contacto con diversas realidades eclesiales amplía su **visión de la Iglesia** y las posibilidades de **realización ministerial**.

▪El gradual conocimiento de la realidad pastoral suscita en los formandos **nuevos intereses intelectuales**; van aprendiendo a **responder a situaciones reales** con una argumentación bien fundada. Por otro lado, la actividad pastoral despierta en ellos el deseo de **mejorar su capacidad de comunicación** de la fe y de la verdad. A veces una experiencia prolongada de pastoral permite al formando la toma de conciencia de la gran **importancia de los estudios** para la evangelización.

▪Las relaciones humanas en el apostolado, no siempre fáciles, suscitan a los formandos la toma de conciencia de **puntos de maduración personal**. El contacto con la realidad de otros jóvenes, familias y ambientes sociales ayuda a los formandos a adquirir un **punto de vista crítico** respecto a sí mismos, sus familias y sus ambientes originarios y por ello a una mejor asimilación de su realidad.

Al concluir este «paseo» por las dimensiones formativas, haciendo ver la vinculación profunda que hay entre ellas espero que la expresión «**formación integral**» adquiera un sentido más preciso y se descubra con mayor claridad lo que significa elaborar un «**plan de formación integral**», que incluya para cada etapa formativa todas las dimensiones, ajustando su contenido a los objetivos formativos y estableciendo las sinergias correspondientes entre los diversos agentes de la formación.

✠ Jorge Carlos Patrón Wong  
Arzobispo Secretario para los Seminarios  
Congregación para el Clero